





Yo
confieso

Jaume
Cabré





Yo confieso

Jaume
Cabré

Traducción
de Concha Cardeñoso
Sáenz de Miera

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1213

Título original: *Jo confesso*

© Jaume Cabré, 2011
Publicado de acuerdo con Cristina Mora Literary & Film Agency, Barcelona

© Ediciones Destino, S. A., 2011
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es

© de la traducción del catalán, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2011

Primera edición: septiembre de 2011

ISBN: 978-84-233-4508-3
Depósito legal: B. 26.800-2011
Impreso por Industria Gráfica Cayfosa, S. A.
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I	A capite...	11
II	De pueritia	43
III	Et in Arcadia ego	219
IV	Palimpsestus	319
V	Vita condita	537
VI	Stabat Mater	693
VII	... usque ad calcem	807
	Dramatis personae	851



A Margarida



I

A capite...

Yo será nada.
CARLES CAMPS MUNDÓ



I

Hasta anoche, andando por las calles mojadas de Vallcarca, no supe que nacer en semejante familia había sido un error imperdonable. De pronto entendí que siempre había estado solo, que nunca había podido contar con mis padres ni con un Dios al que encargar la búsqueda de soluciones, aunque, a medida que crecía, fuera adoptando la costumbre de delegar el peso del pensamiento y la responsabilidad de mis actos en creencias imprecisas y en lecturas muy diversas. Ayer, martes, por la noche, al volver de casa de Dalmau en pleno aguacero, llegué a la conclusión de que esa carga me corresponde sólo a mí. Y de que mis aciertos y errores son responsabilidad mía y sólo mía. He necesitado sesenta años para verlo. Espero que me entiendas y comprendas lo desamparado y solo que me encuentro y lo muchísimo que te echo de menos. A pesar de la distancia que nos separa, sigo tu ejemplo. A pesar del pánico, ahora ya no acepto tablas de salvación para no hundirme. A pesar de algunas insinuaciones, me mantengo sin creencias, sin sacerdotes, sin códigos consensuados que me allanen el camino hacia no se sabe dónde. Me encuentro viejo y la dama de la guadaña me invita a seguirla. Veo que ha movido el alfil negro y, con un gesto cortés, me anima a seguir la partida. Sabe que estoy muy escaso de peones. De todas maneras, todavía no es mañana y miro a ver qué pieza pue-

do mover. Estoy solo ante el papel, la última oportunidad que tengo.

No te fíes un pelo de mí. Sé que este género del recuerdo escrito para un solo lector se presta a la mentira y que procuraré caer siempre de pie como los gatos; pero voy a hacer un esfuerzo por no inventar gran cosa. Todo fue tal cual y peor. Tendría que habértelo contado hace tiempo, me hago cargo, pero es difícil y en estos momentos no sé por dónde empezar.

En el fondo, todo se remonta a más de quinientos años en el tiempo, cuando un hombre atormentado decidió solicitar el ingreso en el monasterio de Sant Pere del Burgal. Si no lo hubiera hecho o si el padre prior, dom Josep de Sant Bartomeu, se hubiese mantenido firme en la negativa, ahora no te estaría contando todo lo que te quiero contar. Sin embargo no puedo retroceder tan allá. Voy a empezar desde más acá. Desde mucho más acá.

—Tu padre... A ver, hijo mío... A tu padre...

No, no; tampoco quiero empezar ahí, no, mejor a partir del despacho en el que estoy escribiendo, enfrente de tu impresionante autorretrato. El despacho es mi mundo, mi vida, el universo mío en el que cabe casi todo, excepto el amor. Cuando rondaba por casa en pantalones cortos y con las manos llenas de sabañones del frío de los otoños y los inviernos, tenía prohibido entrar en el despacho, salvo en determinadas ocasiones. Por lo demás, me colaba clandestinamente. Lo conocía palmo a palmo y, detrás del sofá, tuve muchos años un fortín secreto, aunque debía dismantelarlo después de cada incursión, para que Lola Xica no lo descubriera al hacer la limpieza. Pero siempre que entraba legalmente debía comportarme como si estuviera de visita y poner las manos a la espalda, mientras mi padre me enseñaba el último manuscrito que he encontrado en una tienda cochambrosa de Berlín, fíjate, pero sin tocar, no me obligues a rega-

ñarte. Adrià acercó la cara al manuscrito con mucha curiosidad.

—Está en alemán, ¿no? —Y fue a tocarlo como quien no quiere la cosa.

—¡Chist! ¡Donde pones el ojo pones la mano! —Le dio un golpecito en los dedos—. ¿Qué decías?

—Que es alemán, ¿no? —Se frotó la mano dolorida. —Sí.

—Quiero aprender alemán.

Fèlix Ardèvol miró a su hijo con orgullo y le dijo vas a empezar a aprenderlo enseguida, hijo mío.

El caso es que no era un manuscrito, sino un paquete de folios parduscos: en la primera hoja, con una letra muy historiada, ponía *Der begrabene Leuchter. Eine Legende*.

—¿Quién es Stefan Zweig?

Lupa en mano, distraído con una corrección al margen que había en el primer párrafo, en lugar de decirme un escritor, hijo mío, sólo me contestó pues verás, era uno que se suicidó en el Brasil hace diez o doce años. Lo único que he sabido de él durante mucho tiempo es que era un hombre que se había suicidado en el Brasil hacía diez o doce años, o trece, catorce o quince, hasta que pude leer el manuscrito y me enteré de algo más.

Y se acabó la visita y Adrià salió del despacho con la recomendación de no hacer ruido: en casa nunca se podía correr, ni gritar ni chascar la lengua, porque mi padre siempre estaba estudiando un manuscrito con la lupa, repasando el inventario de mapas medievales o pensando dónde podría dar con nuevas adquisiciones de cualquier objeto que le hiciera temblar las manos. El único ruido que me consentían era estudiar violín en mi habitación. Pero tampoco podía pasarme el día practicando los arpegios del XXIII de *O livro dos exercícios da velocidade*, que por su culpa cogí tanta manía a la Trullols, pero no al violín. No, no tenía manía a la Trullols,

pero era un plumazo, sobre todo por lo mucho que insistía con el ejercicio XXIII.

—No, si sólo lo digo por variar un poco.

—Aquí —y golpeaba la partitura con el talón del arco—, en esta sola página, están resumidas todas las dificultades. Es un ejercicio simplemente genial.

—Pero es que...

—Para el viernes quiero el XXIII perfecto, incluso el compás 27.

¡Qué plumazo se ponía a veces la Trullols!, pero en general era una mujer pasable. Y a veces, más que pasable.

Bernat opinaba lo mismo. Todavía no lo conocía en los tiempos de *O livro dos exercícios da velocidade*. Pero opinábamos lo mismo de la Trullols. Debió de ser muy buena maestra, aunque no ha pasado a la historia, que yo sepa. Me parece que tengo que centrarme porque lo estoy desordenando todo. Sí, algunas cosas seguro que las sabes, sobre todo cuando hable de ti, pero hay repliegues del alma que sospecho que ignoras, porque es imposible conocer completamente a una persona, por mucho que.

Aunque la tienda era más espectacular, no me gustaba tanto como el despacho de casa. Quizá porque las poquísimas veces que iba tenía la sensación de que no me quitaban la vista de encima ni un momento. Lo mejor de la tienda era que podía ver a Cecília, que era guapísima; es que estaba perdidamente enamorado de ella. Era una señora de pelo rubio galáctico que iba siempre muy bien peinada y tenía los labios gruesos, de un color rojo furioso. Y siempre estaba atareada con sus catálogos y listas de precios, y escribiendo etiquetas y atendiendo a los pocos clientes que entraban con una sonrisa llena de dientes perfectos.

—¿Tienen instrumentos musicales?

El hombre ni se quitó el sombrero. Plantado delante de Cecília, echó una ojeada alrededor: lámparas, candelabros, sillas de madera de cerezo con un trabajo finísi-

mo de marquetería, mecedoras de principios del diecinueve, jarrones de todas las medidas y épocas... A mí, ni me vio.

—Hay poca cosa, pero si tiene la bondad de acompañarme...

La «poca cosa» de instrumentos que había en la tienda consistía en un par de violines y una viola que no sonaban muy bien, pero conservaban milagrosamente incólumes las cuerdas de tripa. Y también una tuba abollada, dos fiscornos magníficos y una trompeta, la que tocaba desesperadamente el alguacil del valle para dar aviso de incendio a la gente de los valles colindantes; había fuego en el bosque de Paneveggio y los de Pardàc pedían ayuda a Siròr, a San Martino y hasta a Welschnofen, que también habían sufrido uno hacía poco, y a Moena y a Soraga, donde seguramente llegaba ya el olor alarmante del desastre del año del Señor de 1690, cuando la Tierra era redonda para casi todo el mundo y, si las enfermedades desconocidas, los salvajes sin Dios y las fieras del mar y de las tierras, el hielo y la tempestad y las lluvias excesivas no lo impedían, los barcos que se perdían por occidente volvían por oriente con los marineros más delgados, demacrados, perdida la mirada y plagadas de pesadillas sus noches. El verano del año del Señor de 1690, todos los habitantes de Pardàc, Moena, Siròr, San Martino..., todos menos los postrados, salieron a mirar con ojos empañados el desastre que les destrozaba la vida, a unos más que a otros. El pavoroso incendio que tuvieron que presenciar con impotencia calcinó madera buena por carretadas. Cuando el infierno se extinguió con la ayuda de unas lluvias providenciales, Jachiam, el cuarto hijo de Mureda de Pardàc, el más despierto, recorrió minuciosamente todo el bosque devastado en busca de rincones que se hubieran salvado de las llamas y de troncos aprovechables. En medio de la cuesta que descendía hacia el barranco del Oso, se acuclilló a hacer de vientre al pie de

un abeto joven transformado en carbón. Pero lo que vio le cortó las ganas de aliviarse: unas teas resinosas envueltas en un trapo que olía a alcanfor o a otra sustancia rara. Con mucho cuidado, desenvolvió los harapos que no había quemado del todo el infernal incendio, devastador de su futuro. El descubrimiento lo mareó: el trapo que envolvía las teas, de color verde sucio, con remates de cordón amarillo más sucios todavía, era un retal del jubón que solía llevar Bulchanij Brocia, el gordo de Moena. Cuando dio con dos hatillos más de ropa completamente quemados, al contrario que el primero, entendió que el monstruo de Bulchanij había cumplido la amenaza de arruinar a la familia de los Mureda y, con ella, a todo el pueblo de Pardàc.

—Bulchanij.

—No hablo con perros.

—Bulchanij.

El tétrico tono de voz lo obligó a volverse con desgana. Bulchanij de Moena era barrigudo y, si hubiese vivido más años y hubiera alimentado la panza lo suficiente, le habría venido pintiparada a modo de reposabrazos.

—¿Qué cojones quieres?

—¿Dónde has dejado el jubón?

—¿Y a ti qué cojones te importa?

—Es que no lo llevas puesto. Enséñamelo.

—Vete a cagar. ¿Te crees que porque habéis tenido mala pata, ahora tenemos que obedeceros los de Moena, eh? —Le señaló los ojos con odio—. No voy a enseñártelo. Y largo de ahí, que me tapas el sol de los cojones.

Con furia fría, Jachiam, el cuarto de los Mureda, desenvainó el cuchillo de escarzar que siempre llevaba en el cinto y se lo clavó en la barriga a Bulchanij Brocia, el gordo de Moena, como si descortezase un tronco de arce. Bulchanij abrió la boca, con los ojos como platos de perplejidad, no tanto por el dolor como porque osara tocarlo un mequetrefe de Pardàc. Cuando Jachiam Mureda

retiró el cuchillo, con un gorgoteo asqueroso y teñido de sangre, Bulchanij se derrumbó en la silla como si se deshinchara por la herida.

Jachiam miró a ambos lados del camino desierto. Ingenualmente, echó a correr en dirección a Pardàc. Al rebasar la última casa de Moena se dio cuenta de que la jorobada del molino, cargada de ropa mojada, lo miraba boquiabierto; tal vez lo hubiera visto todo. En lugar de borrarle la mirada, se limitó a acelerar la marcha. Aunque era el mejor cantador de madera, el que siempre sabía elegir la más sonora, y aunque todavía no había cumplido veinte años, se le acababa de truncar la vida.

La familia reaccionó bien y, sin pérdida de tiempo, mandaron emisarios a San Martino y a Siròr con pruebas fehacientes de que Bulchanij era un incendiario que les había quemado el bosque por rencor, pero los de Moena decidieron que no hacía falta entenderse con la justicia y, sin mediación de ninguna especie, se dispusieron a dar caza al malvado Jachiam Mureda.

—Hijo —lo interpeló Mureda, el viejo, con la mirada aún más triste que de costumbre—, tienes que huir —y le puso en un bolso la mitad del oro que había ahorrado en treinta años de trabajo en la madera de Paneveggio. Ningún hermano se opuso a la decisión y, un tanto ceremoniosamente, el viejo añadió aunque seas el mejor rastreador de árboles y el mejor cantador de madera, Jachiam, hijo mío de mi alma, el cuarto de los hijos de esta desdichada casa, tu vida vale más que el mejor tronco de arce que podamos vender jamás. Y así te ahorrarás la ruina que se nos viene encima porque Bulchanij de Moena nos ha dejado sin árboles.

—Padre, yo...

—Anda, márchate, rápido, tira por Welschnofen, porque seguro que te buscan en Siròr. Correremos la voz de que te has escondido en Siròr o en Tonadich. No puedes quedarte en los valles, es muy peligroso. Tienes que

irte lejos, muy lejos, lejísimos de Pardàc. Márchate, hijo, y que Dios te guarde.

—Pero, padre, no quiero irme de aquí, quiero trabajar en el bosque.

—Nos lo han quemado. ¿Con qué vas a trabajar, criatura?

—No sé, pero si me voy de aquí, ¡me muero!

—Te mato yo si no te marchas esta misma noche. ¿Me oyes?

—Padre...

—A mi hijo no lo toca nadie de Moena.

Y Jachiam de los Mureda de Pardàc dijo adiós a su padre y besó a todos sus hermanos de uno en uno: Agno, Jenn, Max y sus mujeres. Hermes, Josef, Theodor y Micurà. Ilse, Erica y sus maridos; y después, Katharina, Matilde, Gretchen y Bettina. Se habían congregado todos para despedirlo en silencio y, cuando ya estaba en la puerta, la pequeña Bettina lo llamó Jachiam y se volvió y vio a la niña con la mano tendida y, en la mano, una medalla de Santa Maria dai Ciüf de Pardàc, la que le había confiado su madre antes de morir. Sin decir una palabra, Jachiam miró a sus hermanos, después fijamente al padre; éste hizo un gesto silencioso con la cabeza y el muchacho se acercó a la pequeña Bettina, cogió la medalla y dijo Bettina, mi chiquitina, esta joya estará conmigo hasta que me muera; y no sabía hasta qué punto decía la verdad. Y Bettina le tocó la cara con las dos manos, sin llorar. Jachiam salió de casa con los ojos empañados, murmuró una breve oración ante la tumba de su madre y desapareció en la noche, camino de la nieve eterna, para cambiar de vida, de historia y de recuerdos.

—¿No hay nada más?

—Este establecimiento es una casa de antigüedades —respondió Cecília con una actitud severa muy suya que avergonzaba a los hombres. Y, con un matiz de ironía—: ¿Por qué no va usted a un taller de instrumentos?

Me gustaba ver a Cecília enfadada. Se ponía aún más guapa, incluso más que mi madre. Que mi madre en aquella época.

Desde mi sitio veía el despacho del señor Berenguer. Me quedé escuchando mientras Cecília acompañaba a la puerta al defraudado cliente, que todavía llevaba el sombrero puesto, y cuando sonó la campanilla y la oí decir adiós, que usted siga bien, el señor Berenguer levantó la cabeza y me guiñó un ojo.

—Adrià.

—Mande.

—¿Cuándo vienen a buscarte? —preguntó, alzando la voz.

Me encogí de hombros. Nunca sabía con certeza cuándo estaría en un sitio o en otro. Mis padres no querían dejarme solo en casa y me llevaban a la tienda cuando se ausentaban los dos. A mí me parecía estupendo, porque me divertía mirando objetos inverosímiles que ya habían vivido alguna vez y ahora reposaban pacientemente en espera de una segunda, tercera o cuarta oportunidad. Me imaginaba la vida que habrían tenido en diferentes casas y me lo pasaba la mar de bien.

Al final siempre venía a buscarme Lola Xica, con prisas, porque tenía que hacer la cena y no había ni pensado en ella. Por eso me encogí de hombros cuando el señor Berenguer me preguntó cuándo vienen a buscarte.

—Ven aquí —me dijo, al tiempo que cogía un papel en blanco—. Siéntate a la mesa tudor a dibujar un poco.

Nunca me ha gustado el dibujo porque se me da fatal; no sé dibujar absolutamente nada, por eso admiro tanto tu destreza, porque me parece un milagro. El señor Berenguer me decía que dibujase porque le daba reparo que estuviera allí sin hacer nada, aunque no era verdad, porque me pasaba el rato pensando. Pero al señor Berenguer no se le podía llevar la contraria. El caso es que me sentaba a la mesa tudor y me ponía a hacer lo

que fuera con tal de que se callara. Saqué a Águila Negra del bolsillo e intenté dibujarlo. Pobre Águila Negra, si llega a verse en el papel... Por cierto, todavía no le había dado tiempo a conocer al sheriff Carson, porque acababa de adquirirlo esa misma mañana; se lo había cambiado a Ramon Coll por la armónica Weiss. Si se enterara mi padre, me mata.

El señor Berenguer era todo un personaje; su sonrisa me daba un poco de miedo y trataba a Cecília como si fuera una criada inútil, cosa que nunca le perdoné; en cambio, era la persona que más sabía de mi padre, mi gran misterio.

2

El *Santa Maria* llegó a Ostia la brumosa madrugada del segundo jueves de septiembre. La travesía desde Barcelona había sido peor que cualquiera de los viajes de Eneas en busca de su destino y de la gloria eterna. Neptuno no le fue nada propicio y, a bordo del *Santa Maria*, además de echar de comer a los peces, le cambió el color de la piel; la tenía tostada y saludable, como correspondía a un aldeano de la Plana, y se había quedado pálido como una aparición mística.

Monseñor Josep Torras i Bages había decidido personalmente que, habida cuenta de las excelentes calificaciones de ese seminarista inteligente y estudioso, piadoso, educado y culto a pesar de su juventud, tenían entre manos una flor preciosa que precisaba un jardín frondoso; de lo contrario, se agostarían en el humilde huerto del seminario de Vic y se echaría a perder la maravillosa inteligencia natural que Dios le había dado por arrobos.

—No quiero ir a Roma, monseñor. Quiero consagrarme al estudio porq

—Precisamente por eso te envío a Roma, hijo mío. Conozco muy bien este seminario nuestro y sé que aquí se echaría a perder una inteligencia como la tuya.

—Pero monseñor...

—Te llama el Señor, cumple Sus altos designios. Tus

profesores me lo piden a gritos —dijo, agitando un poco teatralmente un documento que tenía en las manos.

Nacido en la masía de can Ges, en la villa de Tona, en el seno de una familia ejemplar, hijo de Andreu y Rosalia, a la edad de seis años inicia la carrera eclesiástica con la preparación escolar adecuada y la resolución conveniente, entrando en el primer curso de Cultura Latina a cargo del padre Jacint Garrigós. Tan notables e inmediatos fueron sus progresos académicos que, en el momento de cursar Retórica, hubo de disertar a propósito de la célebre *Oratio Latina*, que, como sabe monseñor por experiencia propia, puesto que nos honramos de haberlo tenido por alumno en este seminario, es uno de los primeros actos literarios con los que los profesores premian a sus alumnos más aventajados que demuestren ser oradores disertos. Mas distinción tan grande excedía sus once años y, sobre todo, su menguada estatura. Por tal motivo, si bien se podía oír al gran retórico Fèlix Ardèvol disertando a conciencia en la lengua de Virgilio, por otra parte fue preciso recurrir a un escabel de no poca altura con el fin de ponerlo también al alcance de la vista del público, entre el cual se encontraban sus emocionados padres y hermano. De ese modo llegó Fèlix Ardèvol i Guiteres a los caminos de los grandes triunfos académicos en Matemáticas, en Filosofía, en Teología, a la par que se encumbraba a la altura de ilustres alumnos que de este seminario han sido, como los insignes padres Jaume Balmes i Urpía, Antoni Maria Claret i Clarà, Jacint Verdaguer i Santaló, Jaume Collell i Bancells, el profesor Andreu Duran o vos mismo, ilustrísima, que nos honráis como obispo de nuestra amada diócesis.

Sea asimismo extensiva la virtud del agradecimiento a nuestros antepasados, como nos lo propone Dios Nuestro Señor: «*Laudemus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua*» (Eccli., 44,1). Por tanto estamos convencidos de no errar solicitando emotivamente que concedáis al seminarista estudiante Fèlix Ardèvol i Guiteres licencia para cursar estudios de Teología en la Pontificia Università Gregoriana.



—No tienes alternativa, hijo mío.

Fèlix Ardèvol no se atrevió a decir que aborrecía los barcos, que había nacido y vivido siempre en tierra firme, lejos de la mar. Por eso mismo, por no haber sido capaz de contestar al obispo, hubo de emprender el penoso viaje. En un rincón del puerto de Ostia, encima de unas cajas de madera medio podridas e infestadas de ratas, vomitó su impotencia y casi todos los recuerdos del pasado. Se tomó unos segundos para respirar hondo y erguirse de nuevo; se limpió la boca con un pañuelo, se alisó enérgicamente la sotana de viaje y miró hacia el esplendoroso futuro. Fuera como fuese, había llegado a Roma, igual que Eneas.

—Ésta es la mejor habitación de la residencia.

Atónito, Fèlix Ardèvol dio media vuelta. Bajo el dintel de la puerta, un estudiante de poca estatura y tirando a rechoncho, vestido de dominico, sudaba la gota gorda y sonreía cordialmente.

—Félix Morlin, de Lieja —dijo el desconocido, dando un paso hacia el interior de la celda.

—Fèlix Ardèvol. De Vic.

—¡Ah, tocayo! —exclamó riéndose, al tiempo que tendía la mano para darle un apretón.

Se cayeron bien desde el primer momento. Morlin insistió en que de verdad era la habitación más preciada de la residencia y le preguntó que quién lo apadrinaba. Ardèvol tuvo que confesar que no tenía padrino; le contó que el conserje calvo y gordo de recepción, al ver los documentos, había dicho ¿Ardevole?, la cincuantaquattro, y le había entregado la llave sin mirarlo a la cara siquiera. Morlin no se lo creyó pero se rió con ganas.

En una semana exactamente, antes de que empezara el curso, Morlin le presentó a ocho o diez estudiantes de segundo, que eran sus conocidos, le aconsejó que no se



relacionara mucho con los que estudiaban fuera de la Gregoriana y del Istituto Biblico porque perdería el tiempo, le enseñó un truco para salir a hurtadillas sin que lo viera el cancerbero, le aconsejó que tuviese ropa de seglar a mano por si se presentaba la ocasión de dar un paseo de incógnito e hizo de guía a los nuevos alumnos de primero, a quienes presentó los edificios singulares que jalonaban el camino más corto desde la residencia hasta la Pontificia Università Gregoriana. Hablaba italiano teñido de acento francés, pero se le entendía perfectamente. Les soltó un discurso sobre la necesidad de guardar las distancias con los jesuitas de la Gregoriana, porque, en cuanto te descuidas, te ponen el cerebro patas arriba. Así, ¡plof!

La víspera del inicio del curso, todos los estudiantes nuevos y antiguos, que provenían de mil lugares, se reunieron en la inmensa sala de actos del Palazzo Gabrielli-Borromeo, en la Gregoriana, y el pater decanus de la Pontificia Università Gregoriana del Collegio Romano, pater Daniele D'Angelo, S. J., en un latín impecable, los exhortó a tomar conciencia de la gran suerte, el gran privilegio que tienen ustedes de poder estudiar en cualesquiera de las facultades de la Pontificia Università Gregoriana, etcétera, etcétera, etcétera. Hemos tenido el honor de acoger entre estos muros a estudiantes ilustres, entre otros a varios santos padres, como el más reciente, nuestro añorado papa León XIII. No se les exige sino esfuerzo, esfuerzo y esfuerzo. Aquí se viene a estudiar, a estudiar, a estudiar y a aprender de los mejores especialistas en Teología, Derecho Canónico, Espiritualidad, Historia de la Iglesia, etcétera, etcétera, etcétera.

—Al pater D'Angelo lo llamamos D'Angelodangelodangelo —le dijo Morlin al oído como si le informase de algo inquietante.

Y cuando terminen los estudios se dispersarán por el

mundo, regresarán a sus países, a sus seminarios, a los colegios de sus respectivas órdenes; quienes todavía no se hayan ordenado se ordenarán y en ustedes fructificará lo que se les hubiere enseñado en esta casa. Etcétera, etcétera, etcétera hasta quince minutos más de avisos prácticos, no tanto quizá como los de Morlin, pero necesarios para la vida diaria. Fèlix Ardèvol pensó que podía haber sido mucho peor; que las orationes latinae de Vic eran a menudo más aburridas que el sensato manual de instrucciones que les acababan de servir.

Los primeros meses del curso, hasta después de Navidad, transcurrieron sin sobresaltos. Fèlix Ardèvol admiró sobre todo la lucidez del pater Faluba, un jesuita medio eslovaco, medio húngaro que poseía una cultura bíblica infinita, así como el rigor mental del pater Pierre Blanc, arrogante en el trato, que enseñaba la revelación y su transmisión a la Iglesia y que, a pesar de haber nacido en Lieja, como Morlin, suspendió a su paisano en el examen final de aproximaciones a la teología mariana, tema que había elegido el propio Morlin. Empezó a tomar confianza con Drago Gradnik, su compañero de pupitre en tres asignaturas; era un gigante esloveno procedente del seminario de Ljubljana, de rostro bermejo y con un cuello de toro tan ancho y fuerte, que parecía que fuera a reventar el alzacuello. Se hablaban poco, aunque manejaban el latín con fluidez, pero ambos eran tímidos y procuraban dedicar las energías a traspasar las numerosas puertas que les abrían los estudios. Cuanto más se quejaba Morlin y más ampliaba el círculo de amigos y conocidos, más se encerraba Ardèvol en la cinquanta-quattro, la mejor celda de la residencia, a descubrir nuevos mundos en el estudio paleográfico de papiros y otros documentos bíblicos escritos en demótico, en copto, en griego o en arameo, documentos que les proporcionaba

el pater Faluba, además de instruirlos en el arte de amar los objetos. A la ciencia, insistía, no le sirve para nada un manuscrito destrozado. Si hay que restaurarlo, se restaura cueste lo que cueste, y la función del restaurador es tan importante como la del científico que lo interprete. Y no decía etcétera, etcétera, etcétera, porque siempre sabía de lo que hablaba.

—¡Qué sandez! —sentenció Morlin cuando se lo contó—. Es que son felices con una lupa en la mano y la mesa llena de papeles roídos y mohosos.

—Yo también.

—¿De qué sirven las lenguas muertas? —dijo entonces en su ampuloso latín.

—El pater Faluba nos ha dicho que los hombres no somos habitantes de un país, sino de una lengua, y que rescatar lenguas antiguas...

—Sciocchezze. Stupiditates. La única lengua muerta que está viva y coleando es el latín.

Estaban en plena Via di Sant'Ignazio. Ardèvol, protegido por la sotana, y Morlin, por el hábito. Fue la primera vez que Ardèvol miró a su amigo con extrañeza. Se detuvo y, perplejo, le preguntó que en qué creía. Morlin también se detuvo y respondió que se había hecho fraile dominico porque tenía un anhelo profundo de ayudar a los demás y servir a la Iglesia, y que nada lo apartaría de su camino; pero que entendía que el mejor servicio que podía hacer era de orden práctico, no estudiando papeles medio podridos, sino influyendo en las personas que influían en la vida de... Dejó de hablar y, de pronto, soltó: etcétera, etcétera, etcétera, y los dos amigos rompieron a reír. En ese momento pasó Carolina a su lado por vez primera, pero ninguno de los dos se fijó en ella. Y yo, nada más llegar a casa con Lola Xica, tenía que ponerme a estudiar violín mientras ella hacía la cena y todo el piso se quedaba a oscuras. Eso no me hacía ninguna gracia, porque en cualquier momento podía salir

un malvado de detrás de una puerta y por eso llevaba a Águila Negra en el bolsillo, y es que en casa, desde que mi padre así lo quiso, hacía años ya, no había medallas, ni escapularios, ni estampas ni misales y el pobrecito Adrià Ardèvol necesitaba ayuda invisible de alguna clase. Un día, en lugar de estudiar violín, me quedé embozado en el comedor contemplando el efecto del sol, que huía por poniente, por la parte de Trespui, e iluminaba con un color mágico la abadía de Santa Maria de Gerri, el cuadro que estaba encima del trinchero del comedor. Era siempre la misma luz, que me atraía y me inspiraba aventuras imposibles, y no oí abrirse la puerta de la calle ni nada, hasta que la voz grave de mi padre me pegó un susto monumental.

—¿Qué haces aquí perdiendo el tiempo? ¿No tienes deberes? ¿No tienes violín? ¿No tienes nada que hacer, eh?

Y Adrià se fue a la habitación con el corazón a cien por hora, sin sentir envidia de los niños que recibían besos de sus padres, porque creía que eso no existía en ninguna parte.

—Carson, te presento a Águila Negra, de la valerosa tribu de los arapaho.

—Hola.

—Jau.

Águila Negra dio al sheriff Carson un beso como el que nunca le había dado a él su padre y dejó a los dos, y también a sus caballos, en la mesita de noche, para que se fueran conociendo.

—¡Qué apagado estás!

—Llevamos tres años de estudios de Teología —dijo Ardèvol, pensativo—, pero todavía no he descubierto qué es lo que de verdad te interesa. ¿La doctrina de la gracia?

—No me has contestado a la pregunta —insistió Morlin.

—No era una pregunta. ¿La credibilidad de la revelación cristiana?

Morlin no respondió y Fèlix Ardèvol insistió:

—¿Por qué estudias en la Gregoriana, si la teología no te...?

Se habían apartado los dos de la fila de estudiantes que volvían de la universidad a la residencia. Después de dos años de Cristología y Soteriología, de Metafísica I, Metafísica II y Revelación Divina, además de las diatribas de los profesores más exigentes, sobre todo de ese Levinski de Revelación Divina, que consideraba que Fèlix Ardèvol no avanzaba en su disciplina en consonancia con las expectativas que todos tenían depositadas en él, Roma no había cambiado mucho. A pesar de la guerra que convulsionaba Europa, la ciudad no era una herida sangrante; tan sólo se había empobrecido un poco más. Entre tanto, ajenos al conflicto y a los dramas que conllevaba, los estudiantes de la Pontificia Università seguían estudiando. No todos. Y adquiriendo sabiduría y virtud. No todos.

—¿Y a ti?

—La teodicea y el pecado original ya no me interesan. No quiero más justificaciones. Me cuesta hacerme a la idea de que Dios permita el mal.

—Hacía meses que lo sospechaba.

—¿Tú también?

—No. Es que sospechaba que te estabas liando demasiado. Dedícate a observar el mundo, como yo. En la Facultad de Derecho Canónico me lo paso en grande. Relaciones jurídicas entre la Iglesia y la sociedad civil. Sanciones de la Iglesia; Bienes temporales de la Iglesia; Carisma de los Institutos de vida consagrada; la Consuetudine canónica...

—¡Pero...! ¿Qué dices?

—Los estudios especulativos son una pérdida de tiempo; los reglamentistas son un descanso.

—¡No, no! —protestó Ardèvol—. A mí me gusta el arameo; me apasionan los manuscritos, entender las diferencias morfológicas entre el neoaraméo bothan y el neoaraméo judío barzani, el porqué del koy sanjaq surat o el mlahso.

—¿Sabes una cosa? No sé de qué hablas. ¿Estudiamos en la misma universidad? ¿En la misma facultad? ¿Estamos los dos en Roma, eh?

—Da igual. Mientras no tenga que aguantar de profesor al pater Levinski, me encantaría saber todo lo que haya de caldeo, de babilonio, de samaritano, de...

—¿Y de qué te sirve todo eso?

—¿Y de qué te sirve a ti saber la diferencia entre matrimonio rato, consumado, legítimo, putativo, válido y nulo?

Rompieron los dos a reír en plena Via del Seminario. Una señora vestida de oscuro levantó la mirada con cierto sobresalto al ver a dos curas jóvenes tan bulliciosos, alterando las normas más elementales del recato.

—¿Por qué estás apagado, Ardevole? Ahora sí que te hago una pregunta.

—A ti, en el fondo del corazón, ¿qué es lo que te interesa?

—Todo.

—¿Y la teología?

—Forma parte de todo —respondió Morlin alzando los brazos como si fuera a bendecir la fachada de la Biblioteca Casanatense y a la veintena de personas que paseaban desprevenidas enfrente de ellos. Entonces echó a andar y a Fèlix Ardèvol le costó mantenerse a su altura—. Fíjate en la guerra de Europa —prosiguió Morlin, señalando enérgicamente hacia África. Y en voz más baja, como si temiera a los espías—: Italia debe mantenerse neutral, porque la Triple Alianza sólo es un pacto defensivo, dice Italia.

—Ganaremos la guerra los aliados —responde la entente cordiale.

—A mí sólo me mueve el interés de la palabra dada —proclama Italia con dignidad.

—Te prometemos las regiones irredentas de Trentino, Istria y Dalmacia.

—Repito —insiste Italia con mayor dignidad, poniendo los ojos en blanco— que la posición honrada de Italia es la de la neutralidad.

—De acuerdo. Si te incorporas hoy, pero no mañana, ¿eh? Si te incorporas hoy, tendrás todo el paquete irredento: Alto Adigio, Trentino, Venecia Julia, Istria, Fiume, Niza, Córcega, Malta y Dalmacia.

—¿Dónde hay que firmar? —responde Italia. Y con los ojos brillantes—: ¡Viva la Entente! ¡Mueran los Imperios Centroeuropeos! Y ya está, Fèlix, eso es la política. Por parte de los unos y de los otros.

—¿Y los grandes ideales?

Ahora se detuvo Felix Morlin y miró hacia el cielo, dispuesto a soltar una frase lapidaria:

—La política internacional no tiene nada que ver con los grandes ideales internacionales, sino con los grandes intereses internacionales. Italia lo ha entendido perfectamente: en cuanto se ha puesto del lado de los buenos, que somos nosotros, ofensiva en Trentino, a arrasar la bendición divina de sus bosques, contraataque, batalla de Caporetto, trescientos mil muertos, Piave, ruptura del frente en Vittorio Veneto, armisticio de Padua, creación del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, que es un invento que no durará ni un par de meses aunque lo llamen Yugoslavia, y profetizo que las regiones irredentas son la zanahoria que van a retirar ahora los aliados. E Italia, con un palmo de narices. La guerra no terminará del todo porque van a seguir peleándose entre ellos. Y a esperar al enemigo de verdad, que todavía no ha despertado.

—¿Quién es?

—El comunismo bolchevique. Y si no, al tiempo.

—¿Cómo te enteras de todas esas cosas?

—Leyendo la prensa, escuchando a las personas adecuadas. Es el arte del contacto eficaz. Y si supieras lo triste que es el papel del Vaticano en estos asuntos...

—¿Y cuándo estudias el efecto espiritual de los sacramentos en el alma o la doctrina de la gracia?

—Lo que hago también es estudio, apreciado Fèlix. Me preparo para servir bien a la Iglesia. En la Iglesia tiene que haber teólogos, políticos y hasta algún iluminado como tú, mirando el mundo con lupa. ¿Por qué estás apagado?

Siguieron andando un rato en silencio, con la cabeza gacha, cada cual en sus pensamientos. De repente, Morlin se paró en seco y dijo ¡nooo!

—¿Qué?

—¡Ya sé lo que te pasa! Ya sé por qué estás apagado.

—¿Ah, sí?

—Estás enamorado.

Fèlix Ardèvol i Guiteres, estudiante de cuarto curso en la Pontificia Università Gregoriana di Roma, premio extraordinario de final de curso los dos primeros años académicos de su brillante estancia en la ciudad, abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla. Le vino a las mientes el lunes posterior a la Pascua de Resurrección, último día de las vacaciones de Semana Santa; no tenía nada que hacer después de preparar la disertación sobre Vico, el *verum et factum reciprocantur seu convertuntur* y la imposibilidad de entender la totalidad, a diferencia de Félix Morlin, el anti Vico, que parecía entender todos los movimientos raros de la sociedad, cuando, al cruzar la Piazza di Pietra, la vio por tercera vez. Esplendorosa. Las palomas, unas treinta, formaban una barrera entre los dos. Se acercó; ella, que llevaba un paquetito en la mano, le sonrió en el mismo instante en que el mundo se volvía más luminoso, pulcro, generoso y puro. Y se hizo el razonamiento lógico: la belleza, tanta belleza, no puede ser obra del demonio; es divina, y la sonrisa angelical, pues sí, también. Y se acordó de la se-

gunda vez que había visto a Carolina: a la puerta de una tienda, ayudando a su padre a descargar el carro. ¿Tan grácil espalda debía cargar con ásperas cajas de madera abusivamente llenas de manzanas? No lo podía tolerar y la ayudó, y entre ambos, en silencio, con la complicidad irónica del mulo, que masticaba paja del morral, descendieron tres cajas, él, mirándole el paisaje infinito de los ojos, procurando no bajar la mirada hacia el incipiente canalillo, y toda la tienda de Saverio Amato en silencio, porque nadie sabía lo que hay que hacer cuando un padre dell'università, un prete, un sacerdote, un seminarista se arremanga la santa sotana y se pone a trajar como un mozo de cuerda y observa a la propia hija con una mirada tan oscura. Tres cajas de manzanas, una bendición divina en tiempo de guerra; tres momentos deliciosos junto a la belleza, y después, mirar alrededor, darse cuenta de que había entrado en la tienda del signor Amato; decir buona sera e irse sin atreverse a mirarla otra vez, y la madre salió y le puso en las manos, por las buenas o por las malas, dos manzanas rojas que le subieron los colores, porque le pasó por la cabeza que podían ser los preciosos pechos de Carolina. O pensó en la primera vez que la vio, Carolina, Carolina, Carolina, el nombre más bonito del mundo, una chica sin nombre todavía que iba delante de él y que en ese momento se torció el tobillo; y soltó un grito de dolor, pobrecita, y casi se cae al suelo. Iba él en compañía de Drago Gradnik, quien había crecido medio palmo cumplido en los dos años que llevaba en la Facultad de Teología, además de engordar seis o siete libras carniceras, y que ahora hacía tres días que no vivía sino para el argumento ontológico de san Anselmo, como si no hubiera en el mundo otra forma de demostrar la existencia de Dios, por ejemplo la belleza de esa dulcísima criatura. Drago Gradnik era incapaz de reparar en el dolor tan intenso que debía de producir la torcedura de pie y Fèlix Ardèvol cogió la

pierna a la bella Adalaisal, Beatrice, Laura, delicadamente por el tobillo, para ayudarla a apoyar el pie en el suelo, y en el momento en que la rozó, una corriente eléctrica más intensa que la de los arcos voltaicos de la exposición universal le recorrió la columna vertebral y mientras preguntaba le duele, signorina, se habría abalanzado sobre ella y la habría hecho suya allí mismo, aunque era la primera vez en su vida que sentía un deseo sexual tan apremiante, doloroso, implacable y aterrador. Mientras tanto, Drago Gradnik miraba a otro lado pensando en San Anselmo y en vías más racionales para demostrar la existencia de Dios.

—Ti fa male?

—Grazie, grazie mille, padre... —dijo la dulce voz de los ojos infinitos.

—Si Dios nos ha dotado de inteligencia, entiendo que la fe pueda ir acompañada del raciocinio, ¿no, Ardevole?

—Come ti chiami (preciosa ninfa mía)?

—Carolina, padre. Grazie.

Carolina, qué nombre tan bello; no podías llamarte de otra forma, amor.

—Ti fa ancora male, Carolina (belleza sin paliativos)?

—repetió angustiado.

—La razón. Por la razón a la fe. ¿Es herejía, eh, Ardevole?

Tuvo que dejarla sentada en el banco, porque la ninfa, intensamente ruborizada, le aseguró que no tardaría en pasar por allí su madre y, cuando los dos estudiantes reanudaron el paseo y Drago Gradnik aventuraba en su latín nasal que quizá san Bernardo no lo sea todo en la vida, que la conferencia de Teilhard de Chardin parece invitarnos a pensar, sin darse cuenta se encontró de pronto con la mano en la cara, buscando el rastro del olor de la piel de la diosa Carolina.

—¿Enamorado, yo? —Miró a Morlin, que lo observaba burlonamente.

—Presentas todos los síntomas.
—¿Tú qué sabes?
—He pasado por ello.
—¿Y cómo te lo quitaste de encima? —Tono ansioso de Ardèvol.
—No me lo quité de encima, me puse encima yo, hasta que se acabó el enamoramiento y punto.
—No me escandalices.
—Es la vida. Soy pecador y me arrepiento.
—El enamoramiento es infinito, no se acaba nunca. No me podría...

—¡Dios mío, cómo estás, Fèlix Ardevole!
Ardevole no respondió. Ante él, una treintena de palomas, el lunes siguiente a la Pascua de Resurrección, en la Piazza di Pietra. La premura del anhelo lo empujó por entre la jungla de palomas hasta alcanzar a Carolina, quien le entregó el paquetito.

—Il gioiello dell’Africa —dijo la ninfa.
—¿Cómo sabe que yo...?
—Pasa por aquí todos los días, todos los días.

En ese momento, Mateo veintisiete, cincuenta y uno, se rasgó el velo del Templo de arriba abajo, tembló la tierra, se resquebrajaron las rocas, se abrieron los sepulcros y resucitaron los restos de muchos santos enterrados.

Misterio de Dios y del Verbo de Dios Encarnado.
Misterio de María, Virgen y Madre de Dios.
Misterio de la fe cristiana.
Misterio de la Iglesia humana e imperfecta; divina y eterna.

Misterio del amor de una mujer joven que me regala este paquetito que tengo encima de la mesa de la cinquantaquattro desde hace dos días y que sólo al tercero me he atrevido a desenvolver. Es una cajita cerrada. Dios mío. Estoy al borde del abismo.

Esperó hasta el sábado. La mayoría de los estudiantes estaba en sus respectivas habitaciones. Unos cuantos habían salido a pasear o se habían dispersado por las diferentes bibliotecas romanas, donde hurgaban con indignación en las respuestas sobre la naturaleza del mal y por qué Dios lo permite; sobre la existencia indignante del demonio, sobre la lectura correcta de las Sagradas Escrituras o sobre la aparición del neuma en el canto gregoriano y en el ambrosiano. Fèlix Ardèvol estaba solo en la cinquantaquattro, ni un libro en la mesa, nada fuera de su sitio, porque lo único que le sacaba de quicio era la indignante profusión desordenada de objetos que se convertían en trastos, que las cosas no estuvieran en su lugar, que la mirada se pegara a cosas mal expuestas, que... Pensó que tal vez se estuviera volviendo maniático. Yo creo que sí, que todo empezó en aquella época: a mi padre lo obsesionaba el orden material. Creo que no le preocupaba mucho la incoherencia intelectual, pero ver un libro en una mesa, fuera de su estantería, o un papel olvidado encima de un radiador era sencillamente inexcusable e imperdonable. No podía haber nada que ofendiera a la vista y nos ponía firmes a todos, sobre todo a mí, que tenía la obligación de ordenar todos, todos los días los juguetes que usaba y sólo se salvaban el sheriff Carson y Águila Negra, porque dormían clandestinamente conmigo y mi padre nunca llegó a enterarse.

La cinquantaquattro, como una patena. Y Fèlix Ardèvol de pie, mirando por la ventana el flujo de sotanas que entraban y salían de la residencia. Y un coche de caballos que pasaba por Via del Corso con indignantes secretos inconfesables ocultos en la cabina cerrada. Y el niño que arrastraba un caldero de hierro haciendo un estruendo innecesario, indignante. El caso es que temblaba de miedo y por eso todo le parecía indignante. Encima de la mesa, un objeto insólito, un objeto sin destino todavía. La cajita verde que le había regalado Carolina

con un gioiello dell’Africa en el interior. Su destino. Se había jurado que antes de que dieran las doce en Santa Maria habría tirado la cajita o la habría abierto. O se habría suicidado. Una de tres.

Porque una cosa es vivir para el estudio, abrirse camino en el apasionante mundo de la paleografía, en el universo de los manuscritos antiguos, aprender lenguas que no habla nadie porque llevan siglos congeladas en papiros rancios, que son su única ventana abierta a la memoria, distinguir la paleografía medieval de la antigua, alegrarse porque el mundo era tan grande que, cuando se aburriese, podría comenzar a indagar en el sánscrito y en las lenguas asiáticas, y si alguna vez tengo un hijo quisiera que...

¿Y ahora por qué pienso en tener un hijo?, se enfadó; no, se indignó. Y volvió a mirar la cajita, sola encima de la pulcra mesa de la cinquantaquattro. Fèlix Ardèvol se sacudió un hilo imaginario de la falda de la sotana, se pasó el dedo por la piel que le irritaba el alzacuello y se sentó a la mesa. Faltaban tres minutos para que las campanas de Santa Maria diesen las doce. Tomó aire y decidió una cosa: de momento no se suicidaría. Cogió la cajita entre las manos con mucho cuidado, como un niño que roba un nido de un árbol, se lo lleva a su madre y le enseña los huevos verdosos o los desamparados polluelos que yo les doy de comer, madre, no sufras, que les voy a dar muchas hormigas. Como el ciervo sediento, oh, Señor. Por algún motivo sabía que los pasos que daba imprimían en su alma un aura de irreversibilidad. Dos minutos. Con dedos temblorosos se aplicó a desanudar la cinta roja, pero el nudo se cerraba cada vez más, y no porque la pobre Carolina fuera inepta, sino por culpa de sus nervios. Desasosegado, se levantó. Un minuto y medio. Fue hasta la palangana del agua y cogió la navaja de afeitar. La abrió con apremio. Un minuto y quince segundos. Y seccionó cruelmente la cinta roja, el color rojo más bonito que había visto en su larga

vida, porque, con veinticinco años, se encontraba viejo y cansado, deseoso de que no le pasaran a él esas cosas, que le pasasen al otro Félix, que por lo visto sabe echárselo todo a la espalda sin... ¡Un minuto! La boca reseca, las manos sudorosas, resbala una gota por la mejilla, aunque no hace un día muy... Faltan diez segundos para que las campanas de Santa Maria in Via Lata den las doce del mediodía. Y mientras en Versalles una cuadrilla de novatos decía que se había acabado la guerra y, con la lengua fuera por el esfuerzo, firmaba el armisticio y ponía cuidadosamente en marcha los mecanismos para facilitar una espléndida guerra nueva al cabo de pocos años, más sangrienta y más cercana al mal, que Dios no tendría que haber permitido jamás, Fèlix Ardèvol i Guiteres abrió la cajita verde. Vacilante, apartó el algodón de color rosa y, en el momento en que sonaba la primera campanada, Angelus Domini nuntiavit Mariae, rompió a llorar.

Era relativamente sencillo salir de incógnito de la residencia. Morlin, Gradnik, dos o tres más de confianza y él lo habían hecho muchas veces con total impunidad. El traje de seglar abría muchas puertas en Roma... u otras distintas de las que abrían las sotanas. De paisano, podían visitar los museos en los que el hábito clerical tenía prohibida la entrada. Y tomar café en Piazza Colonna, y aún más allá, viendo pasar a la gente; en dos o tres ocasiones Morlin lo llevó, amado discípulo, a conocer a gente que, según él, era necesario conocer. Y lo presentaba como Fèlix Ardevole, un sabio que domina ocho lenguas, para quien los manuscritos no tienen secretos, y los estudiosos abrían la caja fuerte y le permitían examinar el manuscrito original de *La mandrágora*, una preciosidad, o unos trémulos papiros relacionados con los macabeos. Sin embargo, hoy, cuando Europa hacía las paces, el sabio Fèlix Ardevole salió por primera vez de la resi-

dencia a escondidas de las autoridades y de sus amigos. Con un jersey y una gorra que disimulaba el aire clerical. Y se fue directamente a la frutería del signor Amato a hacer guardia, y pasaban las horas, él, con la cajita en el bolsillo, mirando a los transeúntes despreocupados y alegres, porque no tenían la misma fiebre que él. Y a la madre de Carolina, y a la hermana pequeña. Todo el mundo menos su amor. El gioiello, una medalla tosca, con un grabado rudimentario de una virgen románica al lado de un árbol inmenso, una especie de abeto. Y por detrás, la palabra «Pardàc». ¿Africano? ¿No sería una medalla copta? ¿Por qué he dicho mi amor si yo no tengo derecho a...?, y el aire fresco se hacía irrespirable. Empezaron a sonar campanas y Fèlix, que todavía no estaba informado, creyó que era un homenaje de todas las iglesias de Roma en honor de su amor furtivo, clandestino y pecaminoso. Y la gente se extrañaba y se detenía tal vez buscando a Abelardo; pero en vez de mirarlo y señalarlo se preguntaban qué pasaría, por qué habrían echado al vuelo todas las campanas de Roma a las tres de la tarde, que no es hora de repiques, ¿qué pasaría? ¡Dios mío! ¿Y si se había terminado la guerra?

Entonces apareció Carolina Amato. Salió de casa con la melena corta al viento, cruzó la calle y fue directamente al puesto de guardia de Fèlix, él que creía que se había camuflado perfectamente. Y cuando llegó, lo miró con una sonrisa radiante pero silenciosa. Él tragó saliva, apretó la cajita en el bolsillo, abrió la boca y no dijo nada.



—Yo también —respondió ella. Y al cabo de muchas campanadas—: ¿Te ha gustado?

—No sé si puedo aceptarlo.

—El gioiello es mío. Me lo regaló mi tío Sandro cuando nació. Lo trajo él de Egipto. Ahora es tuyo.

—¿Qué van a decir tus padres?

—Es mío y te lo doy: no van a decir nada. Es una prenda mía.



Y lo tomó de la mano. A partir de ese momento, cayó el cielo sobre la tierra y Abelardo se concentró en el tacto de la piel de Eloísa, quien lo arrastró hasta un vicolo anónimo, lleno de porquería, pero que olía a rosas de amor, y lo condujo al interior de una casa cuyas puertas estaban abiertas, en la que no había nadie, mientras las campanas repicaban y una vecina gritaba por la ventana anuntio vobis gaudium magnum, Elisabetta, la guerra è finita! Pero los dos amantes iban a iniciar una batalla esencial y no oyeron la proclama.





II

De pueritia

El buen guerrero no puede
enamorarse constantemente de todas
las squaws con las que tropiece,
por mucho que se embellezcan con
pinturas de guerra.

ÁGUILA NEGRA